

Tres cuartos de hora después, Juliana sola, inquieta, muy recelosa de que al volver á casa la riñesen por la tardanza, pasó á recoger al niño en la casucha del tejero, mísera vivienda desmantelada, donde el frío y la lluvia penetraban sin estorbo por la techumbre á tejavana, y por las grietas y agujeros de las paredes. No necesitó entrar: á la puerta, que obstruían montones de estiércol y broza, sobre los cuales escarbaban dos flacas gallinas, la esperaba ya el tejero con la criatura en brazos, arrullándola para que no lloriquease....

—¡Ay, riquiño, qué soledades tenía de mí; que mala cara se le *viró!* ¡Si *hasta* más flaco parece! ¡Si á modo que se le cae la ropa! chilló apurada la nodriza, apoderándose del niño y apresurándose á desabrocharse, para ofrecerle un consuelo eficaz de su momentáneo abandono....

—Ya se le *virará* buen color con el tiempo, mujer, ya se le *virará*, afirmó filosóficamente el viejo. Y mientras la mujer, azorada, estrechando y alhagando al angelito, corría en dirección á la quinta, Juan el tejero sonreía con su desdentada boca, y se restregaba las secas manos, pensando en su interior:

—A nosotros nos echarán y nos iremos por el mundo pidiendo una limosnita.... Pero lo que es el nieto mío, pasar no ha de pasar necesidad; y el hijo de los amos.... ese, que adeprenda á cocer teja, cuando tenga la edad.... si llega á tenerla, que ¡sábelo Dios! En casa del pobre muérense los chiquillos como moscas....

LA CAMARONA

BLANDOS marinistas de salón, que sobresalís en los "cuatro toques" figurando una lancha con las velas desplegadas, ó un vuelo de gaviotas de blanco de zinc sobre un firmamento de cobalto; y vosotros, platónicos aficionados al *sport* náutico, los que pretendéis coger truchas á bragas enjutas... no contempléis el borrón que voy á trazar, porque de antemano os anuncio que huele á marea viva y á yodo, como las recias *cintas* y los gruesos *marmilos* de la costa cántábrica.

¿Dónde nació la Camarona? En el mar, lo mismo que Anfitrite... pero no de sus cándidas espumas, como la diosa griega, sino de su agua verdosa y su arena rubia. La pareja de pescadores que trajo al mundo á la Camarona habitaba una casuca fundada sobre peñascos, y en las noches de invierno el oleage subía á salpicar é impregnar de salitre la madera de su desvencijada cancella. Un día, en la playa, mientras ayudaba á sacar el cedazo, la esposa

sintió dolores; era imprudencia que tan adelantada en meses se pusiese á jalar del arte; pero ¡qué quieren ustedes! esas delicadezas son buenas para las señoronas, ó para las mujeres de los tenderos, que se pasan todo el día varadas en una silla, y así echan manteca y parecen urcas. La pescadora, sin tiempo á más, allí mismo en el arenal, entre sardinas y cangrejos, salió de su apuro, y vino al mundo una niña como una flor, á quien su padre lavó acto continuo en la charca grande, envolviéndola en un cacho de vela vieja. Pocos días después, al cristianar el señor cura á la recién nacida, el padre refunfuñó: "Sal no era preciso ponerla, que bastante tiene en el cuerpo."

Los juguetes de la niña fueron *navajas*, *almejas* y *berberechos*, desenterrados en el arenal cuando se retiraba la marea; su biberón para el destete, la amarga *salsa*; su mayor recreo, que la permitiesen agazaparse en el fondo de la lancha cuando salía á la pesca del *múgil* ó á levantar los *palangres* que sujetan al congrio. A la escuela, ni intentaron llevarla, ni ella iría sino entre civiles; á la iglesia sí que solía asistir, porque la gente pescadora ve tan á menudo cerca la muerte, que se acuerda mucho de Dios y le siente mejor que los labriegos y que los señores. Si los padres de la Camarona rezaban atropellado y mal, creían bien, y la chiquilla antes se deja quitar un ojo que el escapulario mugriento de Nuestra Señora de la Pastoriza.

¿Que quién la puso el apodo de la Camarona?

No se sabe. Tal vez la llamaron así porque á los siete años vendía *pajes* de camarones, mientras su madre despachaba pesca de más valor; tal vez porque era bien hecha, firme, y colorada como estos diminutos crustáceos (después de cocidos; no se figure algún malicioso que considero al camarón, sino el *cardenal*, el *monaguillo* de los mares). Lo cierto es que Camarona fué para todo el mundo, y su verdadero nombre de Andrea, testimonio de la devoción que á San Andrés profesan los marineros, cayó tan en desuso, que no lo recordaba ella misma.

A los quince años, la Camarona no quería salir de la lancha, donde ayudaba á su padre y hermanos en la ruda faena. Los hermanos, celosillos y burlones, la desviaban, la querían avergonzar. "Tú á remendar las redes, papulita," decían, intentando imponerse por la fuerza. "Eso vosotros, mariquillas," respondía ella, autorizando con un soberano remoquete su alarde de desprecio. Y agachaban la cabeza, porque la Camarona era, ya que no más forzada, más arriscada y batalladora. Cuando otras hijas de pescadores se metían con ella, mofándose porque salía á la mar y remaba y cargaba las velas y agarraba la caña del timón, la Camarona sabía enseñar á aquellas mocosas cuántas son cinco... y á qué saben cinco dedos de una robusta mano ya encallecida, aplicados con bríos á las frescas carnazas de una mona insolente...!

Vinieron las quintas y se llevaron á dos hijos

del pescador; casóse otro, y por intrigas de su mujer riñó con los padres, y ahí teneis cómo la Camarona quedó sola para remar, ayudando al patrón, ya viejo, en la lancha desbaratada por los golpetazos y las *crujias*. Hubo que contratar á un marinero, dándole parte en lances y ganancias... y el mozo, que se llamaba Tomás, empezó á suspirar profundo cada vez que miraba á la Camarona inclinada hacia el remo y enarcando el brazo para pujar firme.

Hay que advertir que la Camarona era entonces un soberbio pedazo de chica. Imaginadla ¡oh pintores! con su cesta de sardinas en equilibrio sobre la cabeza; su saya corta de bayeta verde, que en las caderas forma un rollo; sus ágiles y rectas piernas desnudas; su gran boca bermeja, como una herida en un coral; sus dientes blancos y lisos á manera de guijas que las olas rodaron; sus negros ojos pestañudos, francos, luminosos; su tez de ágata bruñida por el sol y la brisa de los mares. La salud y la fuerza rebrillaban en sus facciones y se delataban á cada movimiento de su duro cuerpo virginal. Así es que no era únicamente Tomás el marinero quien por ella suspiraba. También la perseguía Camilito, hijo mayor de la fomentadora, dueña de la fábrica de conservas. Cada vez que la Camarona iba á llevar á la fábrica un cesto de calamares, salía el mozalbete á recibirla, y arrinconándola en una esquina del cobertizo donde se deposita la pesca, la decía vehementes palabras, la echaba flores, la ofrecía regalos y dinero, sin

obtener más que risas y rabotadas, cuando no algún soplamocos que le dejaba perdido de escama de sardina.

Un día, la madre de la Camarona llamó á su hija y la dijo con misterio:

—Se nos ha entrado la fortuna por las puertas, rapaza.

—¿Pues qué hay? contestó ella desdeñosamente.

—Que te quiere don Camiliño.

—Para hacer burla de mí.

—No, panfilona... Para se casar.

—Pues dígale que no tengo ganas. ¡Ahora, eso! Camarona nací y Camarona he de morir. Otras que la echen de señoras. A mí, si me hacen fondear en una sala, á los dos meses me entierran.

—Dice que te pondrá coche, animala, bruta,—gritó enfurecida la madre.

—Mientras no me ponga un barco...,—replió impávida la Camarona, ignorando que al expresar este deseo se conformaba á los últimos decretos de la moda y del lujo: el *yacht* propio.

Tanto persiguieron y apretaron los codiciosos padres á la Camarona para que aceptase la suerte y las riquezas de don Camilito, que la moza, incapaz de resignarse, adoptó un recurso heroico. Ella misma se explicó con el encogido de Tomás, que no la gustaba ni pizca, pero que al fin era cosa de mar, un pescador como ella, empapado en agua salobre y curtido por el aire marino, que trae en sus ondas

vida y vigor. Y se casaron, y la pareja de gaviotas se pasa el día en la lancha, contenta, porque al ave le gusta su pobre nido. El hijo que lleva en sus entrañas la Camarona no nacerá en el arenal como nació su madre, sino á bordo.

VIERNES SANTO

FUE el cura de Naya, hombre comunicativo, afable y de entrañas excelentes, quien me refirió el atroz sucedido, ó, por mejor decir, la serie de sucesidos atroces, que apenas creeria yo á no aclararse y explicarse perfectamente por el relato del párroco las veladas indicaciones de la prensa y los rumores difundidos en el país. Respetaré la forma de la narración, sintiendo no poder reproducir la expresión peculiar de la fisonomía del que narraba.

“Ya sabe usted—dijo—que, así como en Andalucía crece la flor de la canela, en este rincón de Galicia podemos alabarnos de cultivar la flor de los caciques. No sé cómo serán los de otras partes; pero vamos, que los de por acá son de patente. Bien se acordará usted de aquel *Trampeta* y aquel *Barbacana* que traían á Cebre convertido en un infierno. *Trampeta* ahora dice que se quiere meter en pocos belesnes, porque ya no lo ahorcan por treinta mil duros; y *Barbacana*, que está que no puede